

“Bibliotecas escolares en tránsito”
Santiago de Compostela, 10, 11 y 12 de noviembre de 2011

***Leer y hacer uso de una biblioteca escolar:
¿y eso, para qué sirve hoy en día?***

Michèle Petit¹

Buenas tardes a todos y gracias. Gracias a Cristina Novoa Fernández por haberme honrado con la invitación, gracias a Manuel Huerta por haber revisado la traducción de este texto, y gracias a todos ustedes por estar aquí. A la vez que me encantó estar invitada, les confieso que me sentí un poco incómoda y sorprendida porque nunca he realizado investigaciones sobre las bibliotecas escolares, ni tampoco estudiado la lectura en el marco escolar. Aparentemente Cristina no se preocupó por ello y me propuso que yo hablara del “papel que la lectura (y la literatura) sigue teniendo en este momento” en el que el sentido de esta práctica, así como la utilidad de las bibliotecas, se cuestiona en muchos discursos. Con este tema me encontré más a gusto porque, para presentarme en algunas palabras, dediqué veinte años, como antropóloga, a estudiar las prácticas de lectura y la relación con la cultura escrita, particularmente en lugares donde los libros no son fácilmente accesibles, por tratarse, en Francia, de regiones rurales alejadas de los equipamientos culturales o de barrios populares en periferia urbana o, en América latina, de espacios afectados por conflictos armados, desplazamientos de poblaciones o crisis económicas intensas. En estas investigaciones, puse particular empeño en tomar en cuenta las experiencias singulares de aquellos y aquellas que encontraba, escuchándoles hablar en entrevistas amplias, lo más abiertas y libres posible. Como evocaban mucho, de manera espontánea y detallada, los sesgos por los cuales unos textos leídos les habían ayudado a construirse o a reconstruirse en la adversidad –incluso si sólo leían de vez en cuando–, me esforcé en profundizar en el análisis de estas dimensiones. Y al hacerlo, me convertí, según me dijeron varias veces, en “una de los pocos investigadores que trabajan sobre el fundamento de la importancia de la lectura.”

Del lado de los profesionales: la rentabilidad escolar o la utilidad social

Es cierto que esa importancia está raramente explicitada, como si fuese dada por sentado. Y sin embargo... Cuando le propuse a Cristina como título para mi ponencia: «*Leer y hacer uso de una biblioteca escolar: ¿y eso, para qué sirve hoy en día?*», tenía en la mente una escena: la de un niño que estaba mirando a su maestra con la nariz metida en un libro; intrigado, se había acercado a ella y le había preguntado: “Maestra, ¿y por qué estás leyendo, ya que sabes leer?”

Muchos niños tienen la impresión de que hay que pasar por el aro de ciertos aprendizajes o ciertas actividades sin entender lo que está en juego, como si existiera una lógica o incluso unos caprichos propios de la escuela y de los adultos, a los cuales uno tendría que someterse sin tratar de comprender. Pero ¿acaso el asunto es obvio para los adultos? Quizá no sea inútil volver a formular la pregunta –leer ¿para qué sirve?–, tanto más cuanto que las respuestas dadas por muchos profesionales no son las mismas que las que aporta la mayoría de los lectores. Incluso me impactó, a lo largo de mis investigaciones, la distancia

¹ Antropóloga, Ingeniera de investigaciones honoraria del Centre National de la Recherche Scientifique, Paris (France). petitmic@univ-parisl.fr

© Michèle Petit. 2011. Esta conferencia recupera algunos trozos de dos otras ponencias: una leída en el *II Encuentro Nacional de Bibliotecas Populares de la República Argentina* (Ciudad de Buenos Aires, 8 y 9 de mayo de 2009), otra escrita para el Simposio internacional *La literatura que acoge: infancia, inmigración y lectura* (Barcelona, 17, 18 y 19 de noviembre de 2011.)

que había entre el enfoque bastante utilitarista que mostraban numerosos responsables a cargo de las políticas públicas, o muchos docentes o bibliotecarios, y el que tenían los lectores a los que escuchaba.

Del lado de los profesionales, en el transcurso de los últimos treinta años, la rentabilidad escolar estuvo en el centro de la mayoría de las interrogaciones sobre esta práctica: ¿contribuye a su mejor éxito escolar el hecho de que los alumnos de sectores sociales acomodados lean más libros que los otros?, ¿acaso el gusto por la lectura propicia mejores resultados en la adquisición de la lengua, la ortografía, la sintaxis?, ¿será que introduce a unas competencias específicas?

Precisémoslo de paso, he aquí un hecho comprobado, incluso si algunos son buenos alumnos sin ser lectores o al revés. En Alemania o en el Canadá, unas investigaciones han mostrado que el “rendimiento escolar” en lectura y escritura está directamente vinculado con el gusto por la lectura. Recientemente, los resultados de la evaluación internacional PISA han confirmado que la lectura es una inversión para el éxito escolar. Según parece, la lectura rompe un poco los determinismos sociales: los jóvenes de medios populares que se implican mucho en esta actividad consiguen en promedio mejores resultados que aquellos de sectores más acomodados pero que están poco interesados por lo escrito. Y los adolescentes que diversifican sus lecturas son más competentes que los que las limitan.²

El hecho de que los varones sean menos lectores que las chicas explica también en parte que, en muchos países, salgan menos adelante en la escuela. El sociólogo Stéphane Beaud insistió en ello: la actitud de bloqueo hacia los libros y la hostilidad hacia la lectura que manifiestan numerosos varones son muy perjudiciales para su trayectoria escolar y luego universitaria: “La relación con la cultura escrita es un punto esencial del éxito escolar, incluso es la clave de todo”³, escribe. Varios otros elementos entran en juego pero la familiaridad con lo escrito es un factor decisivo del destino escolar, y, más allá todavía, del devenir profesional y social. Ya que las exigencias técnicas requeridas por numerosas tareas u oficios se transmitían antes por imitación gestual y no mediante una explicación verbal en la cual lo escrito tiene un papel importante, aunque no es el caso hoy en día. En el futuro, cuando cada persona probablemente esté llamada a ejercer sucesivamente varias profesiones a lo largo de su vida, una relación dificultosa con lo escrito (en sus diferentes soportes, por supuesto) será aún más perjudicial.

Beaud precisa: “El bloqueo de los muchachos hacia la lectura es una cuestión fundamental que condiciona su acceso a los estudios pero también su relación con la política”⁴. En efecto, es mucho más difícil tener voz y voto en el espacio público si no se es hábil en el uso de la cultura escrita. A este respecto, la contribución de la lectura y de la escritura a una actitud reflexiva y crítica, a una capacidad de elaboración y argumentación y, por consecuencia, a una ciudadanía activa estuvo frecuentemente evocada por los profesionales. También se hizo mucho hincapié en el hecho de compartir un canon de obras para propiciar la integración social. Entre los mediadores de la cultura escrita, la principal alternativa a estos acercamientos utilitaristas consistió en reivindicar el único “placer de leer”.

Pero, y para los lectores, ¿qué es lo valioso? A los que escuché han dirigido mi atención más bien hacia otras dimensiones, que sean lectores asiduos u ocasionales. Aún más que en la utilidad escolar o social, la lectura se basaba según ellos en una necesidad existencial, una exigencia vital.

² Véanse los resultados de Pisa 2009. También el resumen <http://www.oecd.org/dataoecd/5/57/48755134.pdf> y las entrevistas dadas por Eric Charbonnier en diversos medios.

³ 80 % au niveau bac... et après? *Les enfants de la démocratisation scolaire*, 2003, Paris, La Découverte-Poche, p. 325.

⁴ Intervención durante una jornada de formación continua en el IUFM de París, 2 de febrero del 2004. http://www.cahiers-pedagogiques.com/article.php3?id_article=256

Hay que precisar que se referían a algo más amplio que las acepciones académicas de la palabra “lectura”: aludían a textos que habían descubierto en un encuentro cara a cara, solitario y silencioso, pero también, a veces, a lecturas oralizadas y compartidas; tanto a libros releídos con obstinación como a otros que apenas habían hojeado, robándose una frase; a los momentos de ensoñación que acompañaron o vinieron tras el intercambio con lo escrito, a los recuerdos que tuvieron, mucho tiempo después.

Escuchándolos, leyendo también muchos recuerdos de lecturas, analizando experiencias en las que la lectura juega un papel clave y que están desarrolladas en contextos críticos en diferentes partes del mundo, entendí que en estos tiempos de pérdida de puntos de referencia, en los que mucho más que antes le toca a cada uno dar sentido a su propia vida, leer sirve quizá ante todo para elaborar ese sentido, para dar forma a su experiencia, a su parte de sombra, a su verdad interior; para abrir un margen de maniobra, ser un poco más sujeto de su historia; o a veces para reparar algo que fue roto en la relación con esa historia o con los otros.

Todo esto va mucho más allá de la rentabilidad escolar, más allá también del “placer” o de la “distracción” y pasa por unos procesos complejos a los que no les daré vueltas en esta ponencia, limitándome a evocar algunos aspectos que, para muchos lectores, son esenciales, pero de los cuales quizá no se habla lo suficiente.

Para los lectores: un espacio en el que encontrar sitio

Tal como este, primero: la lectura tiene mucho que ver con el espacio, con el hábitat, toca a las bases espaciales del ser.

Escuchando a hombres y mujeres de diferentes medios sociales, de diferentes ambientes culturales, siempre me sorprendió la frecuencia con la que recurrían a metáforas espaciales. “*La lectura es mi país*”, “*Los libros eran una tierra de asilo probable*”, “*Los libros eran mi casa, mi hogar, siempre estaban allá para acogerme*”, “*Leía, era como si estuviera en una cabaña en un árbol*”. Para muchos de ellos, si lo aprecio a partir de sus relatos, de sus asociaciones, lo que está en juego leyendo es ante todo la apertura de un espacio que “también es él mismo”, como varios de ellos han mencionado.

A este espacio lo designan con vocablos que evocan algo vasto –un universo, un continente, un paisaje...– pero también una intimidad un tanto rebelde –el abrigo, la casa, aún más el escondite o la cabaña. De manera más precisa, es como si el descubrimiento de un otro espacio, abierto, lejano, en ruptura con el marco ordinario, despertara la interioridad, permitiera elaborar un habitáculo en el que encontrar sitio y esbozar su propio camino.

Leer, o escuchar leer en voz alta, sirve ante todo para crear esos otros espacios esenciales para la expansión de uno mismo –y el olvido de uno mismo–, sobre todo cuando no se cuenta con ningún territorio personal. En algunos contextos violentos, una parte de sí mismo escapa a la ley del lugar y se abre un margen de maniobra, pues lo que describen los lectores cuando evocan esta salida de su realidad ordinaria provocada por un texto, no es tanto una evasión, como a menudo se dice de manera despectiva, sino un salto hacia otro espacio en el que la ensoñación, el pensamiento, el recuerdo y la imaginación de un futuro se vuelven posibles.

Para aquellos que perdieron su casa, los libros pueden ser como viviendas prestadas, un medio para recomponer sus bases espaciales. Esto lo saben bien, ya sea de manera explícita o intuitiva, los bibliotecarios, los docentes o los psicólogos que hacen uso de estos objetos con niños, adolescentes o adultos exiliados, desplazados o cuyo marco de vida fue destruido o alterado, como en el caso, por ejemplo, de la periferia de Medellín, en Colombia, donde los bibliotecarios desarrollaron un programa titulado “El refugio de los cuentos” cuando una parte de la población estuvo expulsada por los combates entre grupos armados.

Con chaleco antibalas, Consuelo Marín leía cuentos en voz alta a los jóvenes que estaban concentrados en una secundaria cercana. Una mañana, oyó unos disparos cada vez más cercanos hasta tal punto que quiso interrumpir la lectura, pero los jóvenes escuchas exigieron oír el final de la historia: “Esos niños y niñas que se pasaban las noches llorando por los corredores del liceo con el miedo a la oscuridad y a la noche, como una segunda piel, piel del alma que no se podían quitar, no querían perderse el final de un cuento”⁵.

“Todos los vivíparos tienen su guarida” escribe Pascal Quignard, y añade: “Es la idea de un lugar que sería no mío, sino yo mismo”⁶. Todos los vivíparos tienen su guarida y todos los humanos necesitan, además, el abrigo de una cultura. Los bienes culturales, y los libros, en particular, tienen que ver con la guarida, con esa “segunda piel”, esa “piel del alma” de la cual nos habla Consuelo.

Evocaré otra experiencia desarrollada en el sur de Argentina, en la Patagonia. En Las Heras, población de unos 20 000 habitantes, no se ve ni un árbol ni un pájaro. Tan sólo ráfagas de viento y balancines del petróleo. Los hombres que trabajan allá vinieron de regiones alejadas miles de kilómetros. En Las Heras no había nada, ningún movimiento en las calles, ni un cine, sólo gran cantidad de burdeles y bares tristes para hombres solitarios. Algunos de los trabajadores mandaron traer a sus familias y después muchos perdieron su empleo. En los años que siguieron, hubo jóvenes que se suicidaron y fueron tan numerosos que la prensa nacional se alarmó.

Desde 2007, los mediadores de una asociación, *Puentes Culturales del Viento*, viajaron allá para abrir otros espacios, “espacios con orillas”, en sus propias palabras: un café literario, y contaron a los adolescentes que se acercaron las historias de estos cafés en Buenos Aires, Madrid o Zurich; también, talleres en los cuales se impuso la necesidad de trabajar la relación con los lugares y con el cuerpo.

En relación con cada tema (el paisaje de la meseta, el viento, la tierra...), se propuso un conjunto de actividades. Siempre hay espacio para la lectura de textos literarios para crear un clima, en diálogo con las imágenes, o como un disparador para escribir poemas.

El taller del viento fue diseñado “para mirar su propio lugar con el sentimiento de extrañeza que puede aportar la poesía, para ser sorprendido y descubrir matices insospechados en la vida cotidiana.” Por ejemplo, se leyó en voz alta un poema de la tradición oral *aymará* y se les propuso a los jóvenes elegir uno o dos versos para elaborar su propio poema sobre el viento en Las Heras. El poema *aymará* hablaba del amor, los adolescentes se lo apropiaron para escribir y recomponer textos donde se trata a veces de encontrar el propio lugar en el mundo, como ese chico de diez y seis años que escribe:

Viento majestad
¿Dónde está mi casa?
Viento de tempestad
Llévame a mi lugar.
Viento sabio
Llévame a sus labios
[...]
Viento que todo lo ves
Lleva mi mensaje.

Leer –y escribir– sirven para interponer entre la realidad y uno mismo todo un tejido de palabras, de conocimientos, de historias, de fantasías, sin las cuales el mundo sería inhabitable, aun cuando uno viva en lugares mucho menos duros que La Heras. Sirven para

⁵ « Biblioteca pública, bitácora de vida », www.anabad.org/archivo/docdow.php?id=39

⁶ *La Barque silencieuse*, Paris, Seuil, 2009, p. 59.

dar a lo que nos rodea una coloración, un espesor simbólico, imaginario, legendario, poético; una profundidad a partir de la cual soñar, divagar, asociar. Para proyectar en lo cotidiano un poco de belleza, de fábulas, de historias que nunca ocurrieron, que quizás no ocurran jamás, pero que sin embargo contribuyen a definir lo que somos. Leer es algo que sirve para armonizarse con el mundo, o para reconciliarse con él, gracias a que abre otra dimensión.

Leer es algo que sirve para componer una especie de reserva poética y salvaje en la cual abreviar a lo largo de la vida; para fabricar lugares en los cuales vivir y acondicionar pequeños cuartos propios en los cuales pensar, comenzar a decir “yo” y ser el narrador de la propia historia. A menudo es mucho tiempo después cuando algunas lecturas adquieren un relieve decisivo, del mismo modo en que un viaje sólo se cumple años después de haberlo realizado. Existe un devenir psíquico de algunos relatos, algunas imágenes o frases ampliamente recompuestas o transfiguradas. No me acuerdo quién dijo –quizás fue Borges– que más que un libro, lo que importa es el recuerdo de un libro; cuando empezamos a cambiarlo, a modificarlo, a imaginarlo de otra manera.

Una práctica que reanima la actividad de simbolización y construcción de sentido

Porque en la lectura opera una dimensión de apropiación salvaje e incluso de desvío que no espera la recomposición del recuerdo: es inmediata. Desde la más tierna edad, los niños no reciben pasivamente un texto, lo transforman, lo incorporan, lo integran a sus juegos, sus escenificaciones, su teatro personal, su mundo interior. Y a lo largo de la vida, de manera discreta o secreta, todo un trabajo psíquico acompaña la lectura, los lectores escriben su propia historia entre las líneas leídas.

Paul Auster le dijo un día a su esposa, Siri Hustveld, que la novela *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen, en la que se representa a la sociedad inglesa de principios del siglo XIX, se desarrollaba para él... en la sala de sus propios padres, cerca de Nueva York. Siri Hustveld notó entonces que a ella le había pasado lo mismo leyendo una novela de Céline⁷. Y precisó: “Lo que me llamó la atención es que yo tenía que pensar en ello para constatar lo que yo había hecho.”

Ocupamos de manera ilegal y tranquila los textos leídos sin siquiera pensar en ello porque tenemos una necesidad enorme de encontrar afuera palabras que expresen lo que llevamos dentro de nosotros, porque estamos en una intensa búsqueda de ecos de lo que hemos vivido de manera oscura, indecible, y que a veces se revela, se explicita de manera luminosa y se transforma gracias a una historia, un fragmento o una frase. Y es tal nuestra sed de palabras, de formulaciones estéticas, que a menudo imaginamos descubrir un saber acerca de nosotros mismos haciendo desviarse el texto a nuestro antojo, encontrando en él algo que el autor jamás pensó haber puesto, como esa sala cerca de Nueva York en la que Auster visualiza la obra de Austen.

Leer sirve para encontrar afuera representaciones que permitan escenificar, de manera distanciada, lo que se ha vivido, y en particular los capítulos difíciles de la propia historia. Sirve para descubrir, no por medio del razonamiento sino mediante un desciframiento inconsciente, que lo que nos obsesiona, lo que nos asusta, pertenece a todos. Sirve no solamente para enunciar nuestra experiencia singular sino también para expandir los límites al infinito, permitiéndonos entrar en la piel de un hombre si soy mujer, de un pastor de ovejas brasileño o de una literata japonesa si soy europeo, de un loco si me creo sabio o de una santa si soy atea.

Es una curiosa conversación la que tenemos con nuestros libros, en la que algunas veces encontramos una fuerza, una intensidad que nos tranquiliza, algo inesperado a la medida de nuestra inquietud, que relanza nuestra narración interior, nos permite “escribir”

⁷ *Plaidoyer pour Eros*, Paris, Actes Sud, 2009, p. 46-47.

aunque sea sólo en nuestra mente y he aquí otro elemento esencial del cual no se habla lo suficiente. Si existe una identificación, quizá sea más frecuente con el escritor que con sus personajes.

La literatura en particular, en todas sus formas (mitos y leyendas, cuentos, poesías, novelas, teatro, diarios íntimos, cómics, mangas, libros ilustrados, ensayos desde el momento en que están “escritos”), brinda un soporte muy notable para despertar la interioridad, poner en movimiento el pensamiento, reanimar la actividad de simbolización y construcción de sentido, y también incita a experiencias de compartir inéditas. Y no es propio de gente acomodada que haya tenido contacto con la cultura escrita desde su más tierna edad.

De nuevo les llevaré a Colombia donde Beatriz Helena Robledo recorrió el país para desarrollar talleres dedicados a la lectura y a la escritura con los que habían estado más alejados de los libros: adolescentes desvinculados de la guerrilla o de los paramilitares; desplazados que huyeron del conflicto armado; niños que vivieron en la calle o en hogares... Adondequiera que fuera, ella tuvo una convicción: “La literatura está más cerca de la vida que de la academia”. A todos les propuso siempre los más hermosos libros ilustrados, los más valiosos poemas o leyendas. E inventó mil estratagemas para que la literatura se deslizase en la experiencia propia de los participantes, dedicando gran atención a la singularidad de cada encuentro.

En todas partes, los textos leídos abren un espacio en ruptura con la situación de los participantes y relanzan su actividad psíquica, su pensamiento, sus palabras y sus intercambios al enviarles ecos de la parte más profunda de ellos mismos. Como para ese chico desvinculado de las filas de la guerrilla, Julio, que jamás había dicho una palabra y que habló como no lo había hecho desde hacía años para evocar los mitos que oyó en su infancia y luego narrar su propia historia. O ese otro muchacho, también ex-guerrillero, que explicó de qué manera los talleres habían contribuido a la formación de su sensibilidad, de su interioridad: “...nosotros tenemos la cabeza, como se dice, envuelta, envuelta como en nudos. He venido organizando las ideas mejor, pensando, teniendo más calma, no haciendo las cosas como a la ligera, sino como más despacio y aprendiendo a tener sentimientos; porque nosotros allá tapábamos mucho eso y aquí... resulta que aquí no. Allá simplemente uno se olvidaba de los sentimientos, de lo que uno llevaba adentro”.

A lo largo de los años, Beatriz Helena pudo medir las infinitas posibilidades que ofrecen la lectura y la escritura de aportar elementos para la reconstrucción del sentido de la vida, para sanar heridas y ensanchar fronteras. Con los más despojados de relaciones, observó de qué manera la literatura, gracias al arte y competencia de un mediador, creaba en el fuero interior de los participantes «un sedimento de verdad, de certeza afectiva». De qué modo se convertía en un espacio de posibilidades, de comunicación y convivencia, en otra manera de encarar el mundo. Cómo lo que se hace posible en ciertas condiciones es una transformación de las emociones y los sentimientos, una elaboración simbolizada de la experiencia vivida, una proyección hacia el futuro y una relación con otros⁸. No por ello el mundo se va a reparar en sus dramas, en sus conflictos, en sus desigualdades, pero sí se abre en él un margen de maniobra.

Más allá de los textos literarios, lo esencial en la lectura, cuando no está regida por la obligación o la utilidad inmediata, quizá sean estos momentos en los que uno levanta la vista del libro y surgen asociaciones inesperadas. Proust decía que son los pensamientos que despierta la lectura los que la dotan de dignidad. Ahí, donde la experiencia de la lectura tal vez sea irremplazable, es cuando abre los ojos o cuando suscita ese pensamiento vivo, en movimiento, cuando hace que surjan ideas, sugiere asociaciones insólitas, inspira, despierta.

⁸ Cf. Michèle Petit, *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, Barcelona/México, Ed. Océano-Travesía, Col. Agora, 2009 (traducido del francés por Diana Luz Sánchez).

A esto se debe que tantos escritores lean antes de ponerse a escribir, que a tantos sabios les guste leer poesía o una novela para dar un nuevo impulso a su actividad inventiva, para que emerjan conexiones inesperadas.

Esa experiencia no nos es dada cada vez que tomamos un libro, pero quizá sea lo que buscan los lectores fervientes, esos momentos de revelación, siempre fugaces, en que el mundo es como nuevo, intenso, en que encontramos lugar en él poéticamente, en que vemos lo que no veíamos, en que somos receptivos a lo que nos rodea así como a los pensamientos que nos vienen.

Si la lectura reactiva los vínculos del pensamiento, los textos escritos resultan también excelentes soportes para que muchas cosas circulen en un grupo, sea que ya esté constituido o que se haya formado con este objetivo. Lo hemos visto con el ejemplo colombiano, leer sirve a veces para sostener y relanzar la palabra, los relatos, unas conversaciones sobre la vida, sobre los temas más calientes pero estando protegido por la mediación de los textos –y volveré más tarde a este tema.

Los jóvenes a los que escuché en los suburbios franceses, a los que encontré en América latina o en otras partes, hallaron en lecturas, ocasionales o frecuentes, no tanto un trampolín decisivo para ascender en la escala social, sino más bien varios caminos para que el mundo sea un poco más habitable, para reapropiarse un poco de su vida, para pensarla. Entendieron que lo que se trata de leer, por el desvío de lo escrito, es a uno mismo y a este mundo. Entonces la lectura no se presentó más como la ingestión penosa de fórmulas impuestas por una autoridad o como un privilegio propio de los poderosos, sino como un medio de incentivar sin cesar un pensamiento, una curiosidad, de vivir de manera más lúcida, más intensa, más divertida o poética. Y de participar de algo que va más allá de sí mismo.

Por supuesto que existen otras prácticas que la lectura que abren espacios, nutren el imaginario o reactivan el pensamiento, según modalidades un poco diferentes. Incluso existen algunas –pero no muchas– que dejan en nuestra memoria huellas tan fuertes, a las que podemos regresar para encontrar un sitio en los peores momentos o cambiar la tonalidad de lo cotidiano. Y no se trata de idealizar la lectura, aún menos de oponerla a tal o cual actividad, sino de lanzar pasarelas entre lectura y artes, entre artes y ciencias, literatura oral y escrita, textos impresos y numéricos, obras de literatura infantil y juvenil y obras para adultos, creaciones contemporáneas y clásicas. De proponer bienes culturales que limpien la vista o el oído y permitan mirar mejor “a fin de detallar el misterio” como decía Roger Caillois. De hacer más democrático el eclecticismo de las prácticas culturales al que muchos de nosotros nos entregamos sin pensarlo pero que no está dado a todos, lejos de eso.

“Antes que nada, la biblioteca es un lugar humano”

¿Y las bibliotecas, en medio de todo esto? ¿Las bibliotecas escolares, en particular? Con la difusión de las nuevas tecnologías, muchos dicen que el papel de las bibliotecas, escolares y municipales, irá disminuyendo. Otros toman como pretexto la crisis económica para sostener que habría cosas más urgentes y reducir los créditos. En muchos países, su rol parece ser ampliamente ignorado tanto por los poderes públicos como por los medios: no tienen ni idea de lo que sus compatriotas van a buscar a esos lugares.

Ahora bien, ¿qué es lo que se busca en las bibliotecas? Por una parte, información. Y como lo escriben los autores del libro *Bibliotecas y escuelas. Relatos y desafíos en la sociedad de conocimiento*, contrario a una visión simplista, la revolución tecnológica “acentúa la necesidad de las bibliotecas, no las releva (...) Ante la facilidad de quedar enredado en la simulación y la impostura, en la saturación de la información no organizada ni ponderada, capacitar para localizar y discriminar o para construir criterios de valoración se

convierte en un imperativo.⁹ El desarrollo de las nuevas tecnologías y la masificación escolar aumentan las necesidades de mediación. Incluso si un número cada vez mayor de jóvenes se apropia de las nuevas tecnologías y adquiere parte de esas habilidades por medio de redes informales, falta mucho para que ese ámbito sea compartido democráticamente.

Pero eso no es todo. Lo que me enseñaron los que conocí a ambos lados del Atlántico, especialmente en los medios populares, es que para ellos, como decía un chico, Malik, “*una biblioteca, no es solamente un hangar de libros, es mucho más*”. Una biblioteca, no es solamente un hangar de ordenadores, es mucho más. Como lo decía otro chico, Hadrien: “*Antes que nada, la biblioteca es un lugar humano, es absolutamente necesario que así lo sea. Aun si aterrizamos en la multimedia y en la informática omnipresente. Si no existe la mediación humana, ¿de qué sirve?*”

A juzgar por lo que me contaron, una biblioteca sirve ante todo para encontrar esta dimensión humana. Ante todo, para encontrar a un bibliotecario. Tanto en Francia como en América Latina, lo que dicen quienes han vivido alejados de los libros y que un día pudieron apropiarse de una biblioteca, escolar o municipal, y de los objetos que se encontraban allí, es que todo empieza con encuentros personalizados. Ellos me enseñaron la importancia decisiva de la hospitalidad, de una atención cálida, personalizada. Al escucharlos, uno entiende que lo valioso no es sólo la aptitud técnica del bibliotecario para orientarse en el mundo de la documentación o para ayudarlos en su búsqueda. Lo valioso es que el facilitador reconoce al niño o al adolescente como un sujeto, que lo mira de otra manera, creando una apertura, dando movimiento a su pensamiento, a sus deseos, a sus sueños, a su vida.

Más allá de la escucha y de la disponibilidad que prodiga, el bibliotecario, tanto por su propia actitud con los objetos que están en la biblioteca, como por sus gestos, sus sugerencias, su voz, por las historias que va a leer o de las que va a hablar, podrá hacer que la apropiación de la cultura escrita se vuelva deseable. Pues apropiarse de ella supone haber encontrado antes a alguien que ya ha hecho entrar cuentos, novelas, ensayos o poesías en su propia experiencia. Alguien que sabe hacer descubrir, en un texto, todo un trasfondo de sensaciones, de emociones. Lo que está en juego es una transmisión de experiencia, casi una iniciación. Los bibliotecarios y los promotores de lectura bien saben todo esto. Una bibliotecaria argentina, Nancy Yulán, me escribió: “*Hoy más que nunca la lectura es un boca a boca, es de persona a persona, es un cara a cara, una presencia te diría*”.

Gracias a un acompañamiento sutil, cálido, discreto, en varios momentos del trayecto de un usuario, un bibliotecario ayuda para deconstruir aquella cultura escrita que podía aparecer como un monumento, permitiendo descubrir la voz singular de un contador de cuentos, de un poeta, de un sabio. Notemos de paso que lo que los chicos sienten es el placer real del que lee en voz alta, o que aconseja un libro, o que transmite su conocimiento de Internet o que simplemente charla un rato. Si el corazón no está puesto en ello, se darán cuenta. Pero por supuesto un acompañamiento de calidad no puede basarse sólo en la buena voluntad y el entusiasmo. Implica el pensamiento y la adquisición de conocimientos actualizados por una formación continua en varios terrenos.

Una biblioteca sirve también para relacionarse con otras personas que se encuentran allí. Si escuchamos hablar a adolescentes, vemos hasta qué punto la biblioteca, escolar o municipal, está profundamente asociada al encuentro con los otros, a la sociabilidad. La biblioteca es un marco, un lugar ordenado donde se apoyan mutuamente, donde se motivan a veces por el simple hecho de ver estudiar al otro.

Desde hace unos quince años, en muchos países, las bibliotecas escolares y municipales también impulsan, o albergan, nuevas formas de sociabilidad. En muchas

⁹ E. Bonilla, D. Goldin y R. Salaberria (ed.), *Bibliotecas y escuelas. Relatos y desafíos en la sociedad de conocimiento*, Barcelona-México, Ed. Océano Travesía, col. Ágora, p. 474.

bibliotecas se ha redescubierto la oralidad y se han combinado lo oral y lo escrito en la forma de lecturas “oralizadas” compartidas, realizadas por un bibliotecario, o por madres o padres de familia, o por abuelas cuenta cuentos; también en la forma de clubes de lectores o de cafés literarios que se han multiplicado y que reúnen a chicos, a adolescentes, a madres con sus bebés, a gente de una comunidad. Esos espacios de libertad, sin evaluación ni control, concilian la lectura con el gusto por la vida en grupo.

Para los que participan, estos círculos permiten tomar la palabra, ser escuchado, ser respetado, ir aumentando poco a poco la confianza en sí mismo, expresar opiniones diferentes sin temor. Se puede conversar con verdad y fineza sobre los temas más candentes, protegidos por la mediación de los textos y la presencia del mediador, como lo vimos con el ejemplo colombiano hace un rato. Cuando reúnen a chicos y chicas, contribuyen a una formación de la sensibilidad, a veces a una educación sentimental. Otras veces, permiten encuentros entre generaciones, la reactivación de la tradición oral, como en esas «rondas de prosa», en Brasil, donde uno lee una leyenda o recita un poema mientras que otro cuenta una historia o trae a la memoria un recuerdo o una anécdota.

Todas estas formas de sociabilidad dan testimonio de las múltiples pasarelas que existen entre oralidad y cultura escrita que, durante mucho tiempo, fueron consideradas opuestas. También dan testimonio de las pasarelas entre prácticas culturales pues a menudo se conjugan allí lectura y escritura, y a veces se alternan con canciones, películas, espectáculos de teatro o de danza, visitas a museos y realizaciones gráficas o audiovisuales o digitales. Algunos bibliotecarios conjugan el rock con la poesía, la lectura de mitos con la astronomía, la literatura con las artes plásticas o un espectáculo de danza, etc. En estos casos, la biblioteca se convierte en el lugar por excelencia para democratizar el eclecticismo de las prácticas culturales del cual hablaba hace un momento.

Si les interesa, les remito a mi libro *El arte de la lectura en tiempos de crisis*¹⁰. Verán ustedes que estas sociabilidades son un medio de levantar la represión que pesa sobre la palabra y de producir experiencias estéticas transformadoras además de favorecer la apropiación de la cultura escrita. Contribuyen a crear otras maneras de vivir juntos donde cada uno y cada una tienen mejores posibilidades de expresión. Los que las impulsan quizás estén trabajando para una democratización profunda de una sociedad. Esos mediadores están muy interesados en la lectura como actividad social, y son respetuosos con la cultura de las comunidades donde se desarrollan los proyectos, pero muchos de ellos también están atentos a que cada participante pueda expresarse en su singularidad, atentos a que lo colectivo no obstruya al sujeto. Atentos a que la lectura compartida propicie tiempos para una lectura individual.

Un espacio cultural y no sólo un dispositivo didáctico

Porque el que llega a una biblioteca también está buscando un encuentro consigo mismo. A los que escuché me hicieron entender que al igual que un banco de información o un soporte para apoyar un trayecto escolar, una biblioteca es un conservatorio de sentido. Son procesos poco visibles, discretos, incluso secretos y, sin embargo, contribuyen a que algunos niños o adolescentes se encuentren mejor equipados para abrir un margen de maniobra frente a los determinismos sociales y familiares de los que son objeto. Para elaborar o reconquistar una posición de sujeto.

Las bibliotecas son el espacio privilegiado para una relación con el libro que no solamente esté basada en las perspectivas utilitarias de la instrucción. Permiten tiempos de ensoñación, de fantasía de los cuales no se debe rendir cuenta a nadie y que ayudan a crecer y a vivir tanto como los aprendizajes. Una biblioteca, como lo decía un joven, Hadrien, “es un

¹⁰ *Op. cit.*

lugar donde uno debe quedarse sin apuro. Es un lugar de perdición, cuando generalmente la biblioteca es considerada ante todo como un lugar de eficiencia...”

Una biblioteca sirve para consolidar el vínculo de niños y adolescentes con la cultura escrita cuando es el lugar para múltiples rodeos, en el que el vínculo con el conocimiento, con la lectura, con los libros, sea de un orden diferente al existente en clase; cuando es un espacio cultural y no sólo un dispositivo didáctico, especialmente si los alumnos no tienen la posibilidad de acceder fácilmente a otra biblioteca, sea familiar, municipal o popular.

Quizá sea necesario recordar aquí que la apropiación de la cultura escrita, y, desde allí, el éxito escolar, se juegan ante todo en el interior de la familia. Por ejemplo, se ha observado desde hace tiempo que los niños y las niñas que han tenido acceso en sus familias, desde los primeros años, a la lengua de la narración se encuentran más a gusto cuando se enfrentan al aprendizaje de la lengua escrita, que aquellos y aquellas que han crecido en familias donde el uso de la lengua era limitado y utilitario. Gracias a investigaciones sociológicas, se destacó también la importancia, en el transcurso de todo el recorrido escolar, del ejemplo de los padres, de la relación que ellos establecen con la cultura escrita, de la lengua que hablan, del tiempo que consagran a ayudar al niño, a asistirlo en sus deberes, de la atención que le prestan. Cuando niños y adolescentes crecen en medios alejados de la cultura escrita, es necesario desarrollar dispositivos y condiciones específicas para que se apropien realmente de esta cultura. Si no el conocimiento formalizado y la cultura escrita se deslizarán sobre muchos de ellos sin alcanzarlos, o formarán una especie de pátina superficial con la cual mantendrán una relación ambivalente, entre la fascinación y el rechazo –sobre todo si son varones.

Una biblioteca abre a veces una segunda oportunidad para apropiarse de la cultura escrita. Al descubrir en un mito, un poema o un álbum, una metáfora luminosa que arroja luz sobre lo que han vivido, algunos se reconcilian con esos objetos que creían hasta entonces «cosas de maricas» o ventajas de los privilegiados. No necesariamente se convertirán en grandes lectores, pero los soportes escritos ya no les repelen, ya no les asustan. La lectura deja de ser un desciframiento fastidioso, la austera faena a la que es necesario someterse para satisfacer a los adultos. Se vuelve experiencia, íntima y compartida.

Una biblioteca permite también sentirse parte activa de un lugar, en su materialidad. Ya lo mencioné, los bienes culturales, y especialmente los libros, tienen que ver con la casa, con una segunda piel, con la piel del alma. La biblioteca tendría así una vocación particular para facilitar un sentido de pertenencia. Por supuesto, esto implica una atención de calidad, como ya lo dije antes. Eso implica también que los lugares sean acogedores. Siempre me sorprendió, al hablar con jóvenes de los barrios marginados, el hecho de que les importara mucho la estética de la biblioteca. Todos se mostraban muy sensibles a la arquitectura, tenían en cuenta el cuidado en la elección del mobiliario y de los colores, comentaban la difusión de la luz natural, la vista al exterior por ventanales, la claridad, la luminosidad, etc. Por el contrario, en otros lugares, la eventual hospitalidad de los mediadores no bastaba para compensar la mala impresión que causaban la construcción o el mobiliario, con ambientes tristes, vetustos y grises y acervos polvorientos.

El desafío es aún más complejo cuando se trata de hacer coexistir en unos pocos metros cuadrados a quienes desean que la biblioteca sea ante todo un lugar de debate, de socialización, de encuentros, y a quienes privilegian la relación íntima con los libros u otros bienes culturales. Es difícil administrar esa pluralidad y sin embargo es una riqueza. Por mi parte, me gusta que las bibliotecas sean lugares plásticos donde las cosas no resulten inamovibles, espacios que no se vean reducidos a una función, del mismo modo que la lectura no puede ser reducida al acceso a la información, o al entretenimiento, o a la construcción de sí mismo, etcétera. Me gusta —y a los usuarios también les gusta— que en una biblioteca uno se aproxime a los conocimientos más avanzados, a las tecnologías de punta, pero que se preserve también la parte de sombra, de intimidad, de jardín secreto. Que sean lugares de la

modernidad la más rápida, y también espacios en los que uno pueda desconectar y quedarse sin apuro, como lo decía el joven que cité antes. Que ofrezcan palabras de la región cercana y de tierras lejanas. Que sean lugares de descubrimientos, de exploraciones, desde la edad más joven, donde el imprevisto, el azar formen parte importante. Lugares donde pensar de manera transversal en esta época en que los saberes, las funciones, los espacios, las generaciones, los tiempos de la vida, están tan compartimentados, tan fragmentados.

La biblioteca, en el centro de la transmisión cultural

La biblioteca podría ser el centro de la transmisión cultural que hoy en día le falta a tanta gente que ve su vida convulsionada. El hecho de encontrarse en una biblioteca donde los bienes culturales están presentes no constituye la misma experiencia que encontrarse en un centro comercial o en una plaza. La simple presencia de esos objetos hace que estemos vinculados con otros seres humanos, con otras épocas, con otros lugares, a veces con lo que fue concebido como más bello, como más inteligente, como más audaz, para hablar de la experiencia humana o la exploración del mundo. La biblioteca da testimonio de una continuidad esencial para nuestras vidas, de una fidelidad -siempre y cuando, por supuesto, no encontremos la puerta cerrada a todas horas... Está allí como un hito permanente que da un sentido de pertenencia tan vapuleado en tiempos de crisis. Tengo presente a una joven mujer que decía: “*La biblioteca es como una presencia*”. Estamos mucho más allá de un simple banco de datos atendido por técnicos.

Disfrutar de la escucha y la atención de alguien que es el facilitador de un mundo ampliado, inventar nuevas formas de sociabilidad, conversar sobre la vida y explorar lo que uno ha vivido con ayuda de mitos, novelas, ensayos, poesías o películas, pensar su lugar en el mundo, pensar ese mundo con la ayuda de soportes múltiples y, con esos recursos, hacer suya la cultura escrita, ¿acaso todo eso irá disminuyendo en las próximas décadas? ¿Acaso cada uno podrá, desde su casa, conectarse con todo el saber formalizado del mundo y vivir acompañado por multitud de textos, de imágenes o de músicas, que contribuyan al bienestar y que inspiren el pensamiento? ¿Acaso la democratización cultural hará que se vuelvan caducos los lugares para apropiarse de esos bienes?

Más allá de que esa difusión en espacios privados no eliminará la necesidad de espacios compartidos, públicos, de ágoras culturales para albergar círculos de lectores o audiencias musicales, podemos tener la casi certeza de que tal democratización no será inmediata. Del mismo modo, lamentablemente, podemos estar seguros de que viviremos por largo tiempo en un mundo en crisis, con muchas segregaciones, fragmentación y violencia.

Ahora bien: la cultura ocupa un lugar central en la resistencia a los efectos mortíferos de una crisis. Como decía la psicoanalista argentina Silvia Bleichmar: “*lo fundamental, la resistencia a la reducción de los argentinos a puros seres biológicos sobrevivientes [...] La resistencia de la cultura es el derecho al pensamiento...*”¹¹ En tiempos de crisis, necesitamos más que nunca bienes culturales, y especialmente soportes escritos, para contener el miedo y transformar las inquietudes y las penas en ideas.

Los lectores, ¿una minoría?

Cuando terminaba la redacción de la ponencia, me topé con una entrevista con Philip Roth en la que el escritor es muy pesimista en cuanto al porvenir de los libros y de la lectura: “Ante todo es un asunto de tiempo. ¿De cuánto tiempo dispone la gente cuando llega a su casa? ¿De dos horas, tres horas? Y allá están frente a la dictadura de la pantalla. La pantalla del ordenador, la pantalla de la tele, la pantalla del iPad. Estas pantallas son más importantes

¹¹ Entrevista realizada por Elisa Boland, *La Mancha*, Buenos Aires, 17 nov. de 2003.

que los libros. Incluso los libros numéricos, no estoy seguro de que queden algunos dentro de diez años. La gente ya no tiene esa ‘antena’ que era dedicada a la literatura, ha sido reemplazada por una antena electrónica (...) Han perdido la facultad de concentrarse en un libro. Los que leen van a convertirse en una secta muy reducida.”¹²

Es cierto que las pantallas ejercen un dominio muy fuerte y que no se levanta la vista de una pantalla igual que de un libro. Es cierto que el tiempo dedicado al ocio va disminuyendo en muchos lugares. Sin embargo, en Calcuta por ejemplo, cuando salen de su trabajo, centenas de miles de empleados, docentes o comerciantes se encuentran para escribir y leer poesía. Existen miles de revistas dedicadas a la poesía, al teatro, a las novelas. Ipsita Halder, una joven que lanzó una de estas revistas, dice: “... es un estilo de vida, una ética de la tolerancia y de la responsabilidad en la que uno debe estar completamente metido”¹³.

A miles de kilómetros de Calcuta, en Italia, en Venecia, Florencia, Arezzo o Nápoles, hombres y mujeres también se encuentran cuando tienen un rato libre. Se diferencian unos de otros por el medio social, el país de origen, la generación (muchos tienen menos de treinta y cinco años, algunos más de sesenta), por el *look*. Se ponen una camiseta con esta inscripción: “Soy anticonformista. Leo.” Y salen por las calles. En Arezzo, vi así a cinco jóvenes toscanos, una pareja de Sri Lanka con sus hijos, una Peruana y un Egipcio que surgían por sorpresa en tiendas o en bares para leer en voz alta unos poemas o un pequeño relato de Giono, *El hombre que plantaba árboles*: la historia de un pastor que a lo largo de su vida, discretamente, lejos de las miradas, plantaba robles, abedules o arces.

Federico Batini, un joven universitario, fue quien impulsó aquellos grupos. Él quiere que la lectura se convierta en “algo loco, divertido, curioso, en lo más alejada posible de la academia”, me dijo. “Si vas al cine y a tu lado alguien comenta cada plano, le pides que se calle (...) Nunca presenté los libros como una tarea sino como algo que me apasiona, que cambió mi vida, que me salió bien para relacionarme con chicas. Conseguí hacer leer a mucha gente porque nunca traté de hacerlo sino que conté mi experiencia con los libros, con las historias. Entendieron que podían encontrar en los libros todo lo que encontraban en la tele y mucho más, estructuras narrativas mucho más complejas. Y poco a poco ves que ellos cuestionan sus certezas previas, que empiezan a entender las emociones y el punto de vista de los otros, y que se hacen dueño de su vida.”

Podría darles decenas de ejemplos de mediadores que, cada uno con su reflexión propia, hacen que la lectura sea un arte profundamente vivo. Todos saben que lo que está actuando es una transmisión de experiencia. Transmitir el gusto por la lectura es un asunto relacionado con la propia apetencia del mediador por esta actividad; con su disponibilidad hacia el otro, su capacidad de observar y de interrogar sus propias maneras de actuar; con la reflexión, los conocimientos y la intuición a la hora de sentir cuales son las obras que van a resonar para tal o cual persona; pero también con una calidad de presencia, una energía, un deseo, una vitalidad; una habilidad que permite recuperar, detrás del texto, la voz de su autor, un ritmo, un movimiento, una melodía, unas «tierras adentro» de sensaciones, de emociones, un cuerpo.

En todas las partes del mundo, quizá sean una minoría los que estén interesados en la experiencia de la lectura y en el contacto con las obras de arte, pero se trata de una minoría muy activa y a menudo muy inventiva. En estos tiempos tan brutales, preservan unos momentos de transmisión cultural que escapan a la obsesión cuantitativa y al barullo ambiente para proteger un espacio de pensamiento, una dignidad y una parte de libertad, de sueño, de algo inesperado.

Gracias a ellos por existir y a ustedes por haberme escuchado.

¹² *Libération*, 30/9/2010.

¹³ *Libération*, 14 /11/2002.